

Isabel no puso en duda ni un instante que en su favor Sigognac llevase á cabo todas aquellas fabulosas promesas, dignas de Amadis de Gaula, de Esplandian y de Florismarte de Hircania. La comedianta tenia razon: el sentimiento más verdadero dictaba aquellos énfasis del Baron, de hora en hora más enamorado, pues el amor no encuentra nunca términos bastante significativos para expresarse.

Serafina, que habia oido las frases de Sigognac, no pudo ménos de sonreir, pues toda mujer jóven encuentra siempre ridículas las protestas de amor que se dirigen á otra, y que, cambiando de camino, le parecerian las más naturales del mundo. Acarició la jóven por un instante la idea de ensayar el poder de sus encantos y disputar Sigognac á su amiga; pero este capricho fué de corta duracion. Sin ser precisamente interesada, Serafina se decia que la belleza era un diamante que debia ser engastado en oro. Ella poseia el diamante, pero lo que faltaba era el preciado metal, y el Baron estaba tan desastrosamente tronado, que no podia proporcionar no sólo la montura, ni aun el estuche. La gran coqueta guardó pues para otra ocasion la mirada preparada, contentándose con decir entre dientes que tales amoríos eran sólo buenos para las damas jóvenes, y nunca para las primeras damas, y dió de nuevo á su semblante un aspecto tranquilo y sereno.

Restablecióse el silencio en la carreta, y el sueño comenzaba á derramar su dorado polvo sobre los párpados de los viajeros, cuando el boyero gritó:

— ¡El castillo de Bruyeres!

CAPITULO V.

EN CASA DEL MARQUÉS.

Sobre el rosado fondo del crepusculo matutino, el castillo de Bruyeres se delineaba de la manera más gallarda. Los dominios del marqués situados en el limite de la llanda, se encontraban en plena tierra vegetal, y la estéril arena llanda con sus difusas blancas ondas las paredes del parque. Un aire de prosperidad que formaba completo contraste con la miseria de los alrededores, alegraba la vista desde que en aquellos solanos se ponía el pie; era como una isla Macaria (1) en medio de un océano de desolacion.

Una zanja, rodeada de un bonito lindero de piedra, determinaba el recinto del castillo sin ocultarlo á las miradas. En un foso reverberaba, en el centro de cuadros de verdura,

(1) Llamada sucesivamente Macaria, Lesbos, y Mitileno, nombre con que se le conoce isla del Asia Menor; en el mar Egeo, celebre por su fertilidad, y por ser patria de Pitaco uno de los siete sabios, de Aineo, Saba, el poeta, Teocasto y otros muchos.

una agua clara y trasparente cuyo puro cristal no empañaba ninguna yerba acuática, lo que era patente muestra de cuidadosa conservacion. Para atravesar aquel habia un puente construido de ladrillo y piedra bastante ancho para que pudiesen pasar por él dos carrozas de frente, y guarnecido de repechos balaustrados. Aquel puente daba á una magnífica verja de hierro forjado, verdadero monumento de cerrajería que hubiera podido creerse fabricado con el mismísimo martillo de Vulcano. Las hojas de la verja descansaban en dos columnas cuadrangulares de metal de trabajo afiligranado, simulando un órden especial de arquitectura y llevando un arquivado encima del cual se abrian en revuelta confusion contorneadas ramas, de donde partian multitud de hojas y flores doblándose con antitética simetría, en el centro de cuyo ornamental desbarajuste brillaba el escudo de armas del marqués en el que se veia una dorada faja brestesada y contrabrestesada de gules, con dos salvajes por soporte. A cada lado de la verja se levantaban, sobre volutas parecidas á los rasgos que trazan sobre papel vitela los calígrafos, alcachofas de hierro de agudas hojas, destinadas á impedir á los merodeadores saltar del puente al terraplen interior por los ángulos de la verja. Algunas flores y ornamentos dorados, mezclándose de una manera discreta con la severidad del hierro, quitaban á aquel trabajo de cerrajería su aspecto defensivo para dejarle sólo una apariencia de elegante riqueza. Era una entrada casi régia, y cuando un criado con la librea del marqués hubo abierto las puertas, el boyero, para decirlos vióse obligado á pinchar con el aguijon á los bueyes que tiraban de la carreta, que parecieron vacilar en franquearla, como deslumbrados por tanta magnificencia y avergonzados de su rusticidad; ignorando en su modestia, las pobres bestias, que la savia que da vida á la nobleza es la labranza.

En efecto, por una verja semejante no hubieran debido penetrar sino carrozas de doradas ruedas, con la caja cubier-

ta de terciopelo, de portezuelas con cristales de Venecia y cortinillas de cordoban; pero la comedia tiene sus privilegios, y el carro de Tespis penetra en todas partes.

Una enarenada alameda de la anchura del puente conducia al castillo, á través de un jardin ó parterre cultivado segun la última moda. Guarniciones de boj rigurosamente cortadas dibujaban cuadros en el centro de los cuales se desplegaban, como sobre una pieza de damasco, ramajes de verdura de la más perfecta simetría. Las tijeras del jardinero no permitian que una hoja sobrepusiese á la otra, y la naturaleza, á pesar de sus rebeliones, estaba obligada á convertirse en humilde servidora del arte. En medio de cada compartimiento, se levantaba en actitud mitológica y airosa, una estatua de diosa ó de ninfa de estilo flamenco italianizado. Arenas de diversidad de colores servian de fondo á aquellos dibujos vegetales, tan perfectamente trazados que mejor no se hubieran hecho sobre un papel.

En el centro del jardin, una alameda de la misma longitud que la primera se cruzaba con esta y daba en una especie de plaza en el centro de la cual se veia un estanque, de cuyas aguas y sobre un pedestal de rocalla se elevaba un Triton que despedia de su caracol un cohete de líquido cristal.

A los lados del parterre habia empalizadas de ojaranzos, que el otoño comenzaba á dorar, recortados en forma de pórtico por los ojos de cuyas arcadas dejaban ver perspectivas distribuidas á medida del deseo, para solaz de la vista, sobre la campiña de los alrededores.

A lo largo de la alameda principal, tejos cortados en forma de pirámide, de bola, ó de alcancía, alternados de trecho en trecho, delineaban su siempre lozano follage y estaban arringlerados como una fila de criados al paso de los huéspedes.

Todas aquellas magnificencias maravillaban al más alto grado á los pobres cómicos, quienes raras veces habian sido admitidos en moradas tan suntuosas.

Serafina miraba aquellos esplendores con el rabo del ojo, prometiéndose segar la yerba bajo los piés á la doncella y no permitir que se fijase en otra que ella el amor del marqués; aquel Alcandro parecia tocar de derecho á la gran coqueta. ¿Desde cuándo se ha visto á la doncella sobreponerse á la dama? Zerbina, segura de sus encantos, negados por las mujeres, pero reconocidos de los hombres, no sin razon se miraba ya casi como en su casa; decíase á sí misma que el marqués la habia distinguido particularmente, y que de una mirada asesina dirigida de lleno al corazon del noble galan le venia á este aquella súbita afición por la comedia.

Isabel, á quien no preocupaba ninguna mira ambiciosa, volvía la cabeza hácia Sigognac sentado detrás de ella en el carro, donde una especie de pudor le habia hecho refugiar, y por medio de su vaga y encantadora sonrisa buscaba disipar la involuntaria melancolía del Barón. La jóven conocía que el contraste de la espléndida morada de Bruyeres y del miserable castillo de Sigognac debia producir dolorosa impresion en el alma del pobre hidalgo, reducido por la adversa fortuna á seguir las aventuras de una carretada de cómicos errantes, y con su dulce instinto de mujer, buscaba distraer aquel honrado corazon herido, digno en un todo de mejor suerte.

El Tirano, allá en su mente echaba la cuenta de las pistolas que pediría como retribucion de su compañía, añadiendo un cero á cada vuelta que daba en su magin á tan árduo problema.

Blazius el pedante, pasando su lengua de Sileno por sus labios irritados por inextinguible sed, pensaba libidinosa-mente en los moyos, cuarterolas y pipotes de vino que debían contener las bodegas del castillo.

Leandro, poniendo, con un pequeño peine de concha, en orden su peluca, se pedía, con un violento latido de corazon, si aquella hechicera mansion encerraba una castellana.

¡Cuestion importante! Pero la figura altanera y fanfarrona, aunque jovial, del marqués, moderaba un poco las audacias que el actor se permitía ya en imaginacion.

Construido de nueva planta bajo el precedente reinado, el castillo de Bruyeres, cuya arquitectura recordaba la de los palacios de la plaza Real de Paris, se desplegaba en perspectiva al extremo del jardin cuya anchura ocupaba casi por completo. Un gran cuerpo de edificio y dos alas adelantando en escuadra, formando el patio principal, componian un conjunto perfectamente ideado y majestuoso sin pesadez. Las paredes, de ladrillos encarnados y enlazados de abertura á abertura con cadenas de piedra, hacian resaltar los cuadros de las ventanas igualmente tallados en pulida piedra blanca. Dinteles de la misma materia acusaban la division de los pisos, que eran en número de tres. En las claves de las ventanas, una cabeza esculpida de mujer, de hinchados carrillos, con los cabellos dispuestos coquetamente, sonreía con gesto de buen humor y de bienvenida. Balustres barrigudos sostenian las barandas de los balcones, y los cristales de los mismos, limpios, brillantes, dejaban, á través del centelleo del sol levante que en ellos reflejaba, transparentar vagamente holgados cortinages de ricas telas.

Para romper la línea del cuerpo de edificio central, el arquitecto, hábil discípulo de Andruet du Cerceau, habia proyectado una especie de pabellon más adornado que el resto de la morada, que contenía la puerta principal á la que se llegaba por una gradería. Cuatro columnas apareadas de orden rústico, de hiladas alternativamente redondas y cuadradas como se ven en las pinturas de Pedro Pablo Rubens, tan frecuentemente empleado por la reina María de Médicis, sostenian una cornisa blasonada, como la verja, con las armas del marqués y formando la plataforma de un gran balcon con balaustrada de piedra, sobre la que se abría la ventana principal del gran salon. Almohadillados vermiculados adornaban los jambajes y el arco de la puerta cerrada por dos hojas